

LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN

El origen del poder en el Antiguo Régimen:

«La causa eficiente del poder civil por lo dicho se sobrentiende. Habiendo mostrado que la potestad pública está constituida por derecho natural y teniendo al derecho natural a Dios solo por autor, es manifiesto que el poder público viene de Dios y que no está contenido en ninguna condición humana ni en algún derecho positivo. (...) Por lo cual si las repúblicas y sociedades están constituidas por derecho divino o natural, con el mismo derecho lo están las potestades, sin las cuales las repúblicas no pueden subsistir.

Mas para que no quede duda alguna de que se funda en derecho divino, lo confirmaremos con razones y autoridades. Y en primer lugar con la de Aristóteles que en el 8º de los "Físicos" escribe que los cuerpos graves y los leves son movidos por el productor, no por otra razón, sino porque reciben de él la inclinación y la necesidad del propio movimiento. Si, pues, Dios infundió esta necesidad e inclinación a los hombres, que no pudiesen estar sin sociedad y sin un poder que los rigiese, este poder tiene a Dios por autor y a Él hay que atribuirlo.

Todo lo que es natural en las cosas, de Dios naturalmente y sin ninguna duda procede; puede que el que da la especie y forma, como Aristóteles enseña, da las cosas consiguientes a la especie y forma. Por lo cual san Pablo amonesta así: el que resiste al poder, resiste a la ordenación de Dios.»

Francisco de **VITORIA**. *De potestate civili* (1528)

«Es necesario que en la sociedad unos manden y otros obedezcan. Los que mandan tienen diferentes grados: los reyes mandan sobre todos sus súbditos y se dirigen a los grandes; éstos mandan sobre los medianos; éstos a su vez sobre los pequeños, y éstos, sobre el pueblo. (...)

Algunos se dedican especialmente al servicio de Dios, otros defienden al Estado con sus armas y el resto alimenta a todos y mantiene la paz. Éstos son los tres órdenes o Estados Generales de Francia: el clero, la nobleza y el tercer estado. Pero cada uno de estos órdenes está a su vez subdividido en grados subordinados al ejemplo de la jerarquía celeste.»

Charles **LOYSEAU**. *Libro de órdenes y dignidades* (1610)

La vida de los campesinos:

«Todo el llamado pueblo bajo vive de pan de cebada y avena mezcladas (...). Se alimentan también de frutos, la mayor parte silvestres, y de algunas legumbres de sus huertas (...). Sólo los que están mejor comen pan de centeno mezclado con cebada y trigo. (...)

El común del pueblo rara vez bebe vino, no come carne ni tres veces por año y usa poca sal (...). No hay que sorprenderse, pues, de que pueblos tan mal alimentados tengan tan poca fuerza. A lo que hay que agregar que la desnudez que sufren contribuye mucho a ello; las tres cuartas partes van cubiertos, invierno y verano, por tela semipodrida y rota, y calzados con zuecos, dentro de los cuales llevan el pie desnudo todo el año. Que si alguno de ellos tiene zapatos, no se los pone más que los días de fiesta y los domingos.»

Sébastien le Prestre, marqués de **VAUBAN** (1696)

Un aristócrata hacia 1780:

«Su Excelencia, uno de los hombres más influyentes de la corte de Francia, uno de los grandes del estado que disponían entonces del poder, recibía dos veces al mes en el magnífico palacio que habitaba en París, y era aquél día de reunión.

Mientras la turba idólatra inundaba solícita sus salones, Su Excelencia, retirado en un suntuoso tocador que le servía de santuario, estaba tomando chocolate.

Su Excelencia podía engullirse fácilmente muchas cosas, y hasta algunos maliciosos se atrevían a

pensar que absorbía rápidamente los tesoros de Francia, pero su chocolate no podía llegar hasta su noble garganta, sino con el auxilio de cuatro hombres robustos, sin contar el repostero que lo había hecho.

Nada más cierto; para que el bendito chocolate llegase a los labios de Su Excelencia se necesitaban cuatro hombres en toda la fuerza de su edad, con galones de oro en todas las costuras, y cuyo jefe, rivalizando con su noble y respetable amo, no podía existir sin llevar al menos dos relojes. Uno de estos criados traía la chocolatera a la presencia de Su Señoría; el segundo espumaba el chocolate con el pequeño instrumento dedicado a este uso y del cual estaba encargado; el tercero presentaba la jícara, el plato y la servilleta; y el cuarto, el de los relojes, vertía el líquido.

Estos cuatro criados eran indispensables a Su Excelencia para conservar el rango que ocupaba debajo de los cielos inclinados ante su frente, y hubiera sido para su blasón una mancha indeleble si el chocolate que tomaba todas las mañanas se lo hubieran servido innoblemente tres criados, y era cosa de morir de vergüenza si sólo se lo hubieran servido dos. (...)

Su Excelencia poseía relativamente a los negocios generales una noble teoría, a saber: que es conveniente que las cosas sigan la senda que mejor les plazca, y en cuanto a los negocios privados del Estado, pensaba no menos noblemente que debían marchar como a él le convenía, esto es, llenando su bolsillo y acrecentando su poder.

Su Excelencia tenía además la idea verdaderamente noble de que el mundo había sido creado para contribuir a sus placeres. "La tierra y todo lo que contiene es mío", decía tomando por divisa el texto sagrado, del cual sólo cambiaba el nombre posesivo.

Sin embargo había llegado a descubrir que se habían deslizado en sus negocios públicos y particulares algunos obstáculos de monta, y obligado por la fuerza de las circunstancias, había emparentado con un asentista millonario. Dos razones le habían impulsado a tomar esta resolución desesperada: la primera que no pudiendo hacer nada en favor de las rentas del Estado, era preferible entregárselas a una mano más hábil; y la segunda que siendo los asentistas muy ricos y empobreciéndose él de día en día por tener que conservar el lujo hereditario de las generaciones anteriores, los millones del asentista eran puntales muy eficaces para sostener el edificio ruinoso de su fortuna.

Había sacado, pues, a su hermana del convento, donde muy pronto debía tomar el velo (el traje menos caro que podía vestir) y la había casado con un asentista tan pobre de cuna como rico de escudos.

El millonario se encontraba aquel día entre la multitud en los escalones de su cuñado, donde era objeto del culto de los mortales, a excepción sin embargo de algunas personas de nobilísima estirpe que, incluso su mujer, le miraban con el más soberano desprecio. Dicho asentista era un personaje suntuoso con treinta caballos en sus caballerizas, veinticuatro lacayos en sus antesalas y seis mujeres al servicio de su esposa, y aunque se sabía que todas sus hazañas se reducían a estrujar el bolsillo del prójimo, los que acudían a la tertulia de Su Excelencia le consideraban como el único personaje de verdadera importancia.»

Charles **DICKENS**. *Historia de dos ciudades* (1859)

Las supersticiones y la razón:

«— Cuando echamos a caminar me figuré que alguna desgracia ocurriría. ¿No observó usted, señor —dijo, dirigiéndose a Jones—, aquella vieja que estaba de pie junto a la puerta en el momento de tomar usted el caballo? Me hubiera gustado que la hubiera socorrido con algo, pues dijo que se arrepentiría de no haberlo hecho, y en aquel mismo momento comenzó a llover, y el viento sopla desde entonces. Diga lo que quiera la gente, estoy seguro que es poder de las brujas el que se levante viento cuando ellas quieren. Muchas veces he visto que así ha sucedido, y no me cabe duda que esa vieja era una bruja. Así lo pensé entonces, y si hubiera tenido un penique en mi bolsillo se lo hubiera dado, pues es indudable que es siempre bueno ser caritativo con esa clase de gente, por miedo de lo que pueda suceder, y muchas personas han perdido su castillo por ahorrar un penique. Si bien Jones estaba muy contrariado con el retraso que la equivocación del camino ocasionaría al

viaje, no pudo por menos de sonreír con la superstición de su amigo, cuya opinión fue confirmada ahora por un accidente. Éste fue una caída en tierra desde el caballo, en la cual no recibió daño alguno y sólo resultó con su traje manchado.

Partridge, una vez levantado, apeló a su caída como prueba evidente de lo que había contado; pero Jones, al ver que no se había dañado, contestó con una sonrisa:

— Esta bruja tuya, Partridge, es una mujerzuela desagradecida, y no sabe distinguir sus amigos cuando está resentida. Si la vieja se enfadó conmigo por no haberla socorrido, no me explico por qué te ha hecho caer de tu caballo, después del respeto que has demostrado tenerle.

— Son bromas pesadas —exclamó Partridge—, de gente que tiene poder para gastarlas, pues a menudo son muy maliciosas.»

Henry **FIELDING**. *Tom Jones* (1749)

El amor y las diferencias estamentales:

«Considera, hermano mío, que nuestra familia es una de las más antiguas del reino y que hasta ahora no ha existido nadie en ella que se haya atrevido a deshonorarla con un matrimonio desigual. También te consta que una de las más distinguidas familias de la nación ha querido entroncar con la nuestra. Se podría disimular un tanto esta locura si tu origen fuese menos antiguo o distase únicamente una o dos generaciones del ceno que, al parecer, tanto te apetece. Debes, por tanto, tener presente que si te atreves a cometer tal ruindad, yo y todos mis parientes negaremos que seas de nuestra familia y me avergonzaré de que me llames hermana tuya. Sería realmente algo muy triste que un caballero de tan buenas dotes como tú, de innegable talento, apreciado por todos, poseedor de un rico mayorazgo, que, en unión de la antigua e ilustre sangre que corre por nuestras venas, has heredado de nuestros amados padres, se rindiese de tal modo ante la primera mujer que se cruza en su camino. Igualmente sería despreciable que arrebatases su buen nombre a esa infeliz, y, por tanto, te suplico que la devuelvas a casa de sus padres y le des como indemnización unas cien libras esterlinas, que contribuirán mucho a consolarla, ya que con ellas podrá casarse con algún honrado mozo de su clase. Ésta será la única forma de portarte como quien eres y el único medio de obligar y aplacar a tu irritada hermana. *Davers*.»

Samuel **RICHARDSON**. *Pamela, o la virtud recompensada* (1740-1741)

«— No pretendo aconsejar a usted en lo que sabe mucho mejor que yo, ya que sólo soy una criada; pero ¡qué demonio!, ningún padre en Inglaterra me casaría contra mi voluntad. Su padre es tan bueno que, si supiese que usted odia y desprecia al joven, con seguridad no desearía que se casase con él. Usted debía permitirme que se lo dijese a mi amo. Claro es que sería más adecuado que se lo contase usted misma, si no fuese porque la señorita no quiere mancillar su lengua con su nombre infamante.

— Está equivocada, Honour —dijo Sofía—; mi padre estaba decidido antes de que pensase decirme su nombre.

— No lo comprendo —exclamó Honour—; usted es la que se tiene que acostar con él, y no su padre, y por muy conveniente que sea un hombre debe gustar lo suficiente su mujer. Estoy segura de que mi amo no obra así por idea suya. Cierta gente no se debe meter en lo que no le importa: pues aunque soy doncella comprendo muy bien que todos los hombres no agradan lo mismo. ¿Y de qué sirve que la señorita tenga tan gran fortuna si no puede escoger al hombre que le parezca más guapo? No digo nada; pero es una lástima que alguno no haya tenido mejor nacimiento y, aunque no sea rico, ¡qué importa!, la señorita tiene bastante dinero para ambos, ¿y en qué mejor puede usted emplear su fortuna? Todo el mundo tiene que confesar que es el más guapo, el más encantador, el más fino de todos los hombres.

— ¿Qué quiere decir con esas palabras? —dijo Sofía con rostro muy severo—; ¿le he dado alguna vez ánimo para esas libertades?»

Henry **FIELDING**. *Tom Jones* (1749)